

Ricardo Benavides L.

Evocación de don Mariano



ABLAR de Mariano Latorre, en un homenaje póstumo, es empresa que no acaba de resultar verosímil a quien la emprende. Cuando se ha estado lejos de una persona durante algunos años, se habitúa uno a considerarla enajenada del correr del tiempo y se le concede, entonces, una especie de inmortalidad transitoria, una como desvinculación de la vida, mientras ella no está con uno, desvinculación que deja de existir cuando ocurre el reencuentro. Ahora bien, cuando se trata de una persona de talla mayor que la normal, el fenómeno se acentúa y si, además, esa persona es dueña de una vitalidad, de una capacidad de estar en el mundo y de hacerlo perceptible a su prójimo en forma extremada, entonces el sentimiento de su derecho a permanente duración deja de ser sentimiento y caba por convertirse en certidumbre. Es esta certidumbre de la existencia inmutable de don Mariano opuesta a la otra de que ya no está con nosotros, la que genera esa sensación de inverosimilitud al estar hablando de él, ya no como actor de un presente común a todos, sino que como personaje cuya ausencia del mundo lo empieza a tornar legendario. A esta condición aportan fama y muerte una actitud tan especial, que don Mariano se nos desgarrá definitivamente y empieza ya a transformarse en *Mariano Latorre* en técnicas mayúsculas, escritor que debe in-

gresar ineludiblemente al terreno enrarecido donde los historiadores ordenan los hechos, prescindiendo, a veces, de sus agentes, y casi siempre del cómo esos agentes existieron, entregando su existencia, a menudo, como paradigma para quienes pudieron estarles próximos. Queremos hablar ahora de él desde esta proximidad, que, aunque lejos en el tiempo, nos está en una cercanía cordial irreductible. Queremos traerlo aquí para estar de nuevo un poco con él, para asistir otra vez a su modo de existencia, para repetirle nuestra gratitud por su auxilio tan lleno de gracia cuando emprendíamos el camino poco muelle de la docencia. Vamos a hablar, pues, de don Mariano, tal como lo conocimos en la Universidad, tal como se nos ofreció en un trato cotidiano que duró dos años y que nos ha sido y sigue siendo, rector para gran parte de nuestra vida académica. Mariano Latorre, desprovisto del don y de la elusión de su apellido, en que cifrábamos una familiaridad orgullosa, queda como arquetipo de escritor y de profesor, para que otros se encarguen de acotarlo con sus trabajos.

Nos separaba de don Mariano una considerable cantidad de años, prácticamente dos generaciones completas. Pero esta separación no implicó nunca imposibilidad de comunicación. Esto nos ha llevado a pensar que a la teoría de las generaciones como segmentos dotados de autonomía en cuanto a minoría selecta y a masa regida, coexistiendo sin permeabilidad y en pugna sorda o abierta dentro de un aquí y un ahora, hay que agregarle la noción de unos hombres que, si pertenecientes a una determinada, están dotadas del don de serle fieles, pero a la vez, de rebasarla, para ofrecer a los integrantes de la próxima, comprensión y amor, sin pedir, por ello, cesión de la propia autenticidad. Mariano Latorre fué uno de estos hombres demasiado grandes para inscribirse en sólo un estrato histórico. Siempre vivió trascendiéndose, ofreciendo su condición de hombre maduro para apoyar a quienes lo buscaban solicitando su magisterio. Nos acogimos a él recién iniciada nuestra carrera y don Mariano comenzó, entonces, a entregarnos, día a día, enseñanzas que completaban las regulares de su cátedra, cuando no significaban trata-

miento de asuntos que su plan de trabajo le impedía exponer en clase. Esta comunicación intelectual, tan fértil para nosotros, culminó cuando don Mariano nos nombrara ayudante de la asignatura de literatura medieval. Entonces ya no se trató de escucharlo o de asaclearlo a preguntas en los patios, para las que siempre disponía de respuestas que a veces iban en detrimento del manejo de su tiempo privado, sino que pudimos participar, aunque mínimamente, en las labores mismas de su cátedra. Entonces se nos integró definitivamente el profesor Mariano Latorre. Nos había acostumbrado en los dos últimos años de su profesorado, años que fueron también los finales del viejísimo edificio de la calle Cummings donde don Mariano inició su carrera y donde la culminó como Director del Instituto del que comenzara siendo alumno, a un tipo de clase completamente fuera de los cánones habituales del mundo universitario. Decidido ya a deponer su vida docente para sustituirla por unos viajes que acabaron por transformarse en materia de ficción absoluta, abandonó los andadores de la exposición científica, que tan bien sabía manejar cuando se lo proponía, y comenzó a entregarnos una esencia de toda su vida de profesor de literatura.

Todo el aparato crítico de la ciencia de la literatura se lo entregó a su personal auxiliar y quedó él solo, el profesor que lo es esencialmente el escritor, el hombre, transmitiendo a alumnos jóvenes y conscientes de la categoría de su profesor, su personal, ineludible conducta frente al fenómeno literario. Nos enseñó a leer, a leer no tanto para aprovisionarnos de material de clases, sino que para empezar a gozar de la lectura, para comenzar a descubrirla como actividad dueña de una finalidad incluida en sí misma. Se había propuesto en la cátedra de literatura española clásica en el año de 1949, hacer un análisis de *El Quijote*. Para ello, comenzó a exponer, mirando la clásica novela con la irreverencia propia de quien es también capaz de escribirlas, los antecedentes que la determinaron. En su intento de no eludir nada que le permitiera conseguir la suprema claridad respecto del tema elegido, y siguiendo una indicación de Menéndez Pelayo, leyó la *Historia del Caballero Cifar*. Es esta novela una

ingenua yuxtaposición de motivos épicos y didácticos que aspiran a una organicidad torpemente lograda. Su tremenda longitud nos asustó harto más que un poco y, antes de emprender su lectura, conseguimos antologar tan buenos motivos, que acabamos, antes de que se hablara de ella en clases, por decidir situarla entre los libros que había que conocer, pero que no había que leer. Mas, don Mariano había pasado por el difícil trámite de leer la novela y, como profesor excelente que era, quiso obviarnos el ejercicio que nosotros ya habíamos decidido eliminar. Aisló de la novela al escudero del caballero de Dios, el Ribaldo —recuerdo que me encargó averiguar la etimología de dicho nombre, porque lo había asociado fonéticamente al “ripaldus” y semánticamente al posterior “pícaro”. En los dos casos acertó plenamente— y nos lo presentó como una prefiguración de Sancho, contándonos sus aventuras en permanente paralelismo, agregando, a veces a los episodios más deslavados, un poquito de propia inventiva para no desacreditar la novela. El resultado fué que la mostración de la obra no en cuanto a documento sino en cuanto cosa haciéndose, nos decidió a emprender su lectura y acabamos leyéndola todos.

Esta condición de abrirnos el taller de la literatura e irnos poniendo ante nuestros ojos el modo como los escritores operaban, fué la gran lección con que don Mariano se despidió de su vida docente oficial. Nunca nos habló de poesía. Con frecuencia explicaba esta omisión diciendo que la poesía no le gustaba. Esta frase del maestro no debe estimarse como pose o capricho. Oculta mucho de lo que le era esencial. Su formación era puramente positivista. De los preceptistas franceses del naturalismo sacó una concepción del mundo, que se le encarnó con la lectura de los grandes escritores realistas. El mismo era un narrador formidable, cosa que implica una actitud frente al mundo circundante y un ritmo idiomático peculiar. Los años finales del siglo pasado son años en que predomina la novela como género literario frente a la lírica y a la dramática. No es ajeno a este fenómeno la nueva organización que el mundo tomaba para los hombres de entonces. A ese grupo de espectadores de la propia cir-

cunstancia, a esa promoción de buscadores de explicación mecánica para todas las cosas, que manejaban confiadamente conceptos recién acuñados por la ciencia para cumplir su misión de escritores, perteneció don Mariano. La lírica, en consecuencia, le pareció de poca monta en cuanto género aparte y sólo la pudo captar infusa en las formas narrativas adecuadas a su manera de mirar y entender la existencia. Pero donde don Mariano alcanzaba absoluta plenitud docente era en sus clases de literatura chilena. No era sólo allí el hombre formado rigurosamente por profesores de la talla de Lenz y de Hanssen quien hablaba. Era el escritor, el escritor brillante y reconocido por todo el mundo como jefe de una tendencia literaria fundamental quien entregaba su visión de la literatura de nuestro país. Y no nos daba entonces una relación puramente histórica, una estimativa fría y precisa, sino que las obras a que se refería se relataban a su misma vida porque había sido, muy a menudo, testigo y hasta agente de su gestación. Nos hacía movernos entre cosas vivas, entre libros que tenían todavía un poco del calor con que habían sido creados. Jamás le escuchamos críticas mezquinas. Nunca negó valores que, por salirse de su propia manera de hacer obra de arte, pudieran resultarle extraños. Siempre quiso entender las cosas, y en hacerlo puso especial orgullo y dedicación. Es una lástima que críticos demasiado minúsculos para dar testimonio de una obra que los rebasa, cubriéndolos totalmente, insistan todavía, aunque ya abandonada la procacidad con que lo hicieran en vida de don Mariano, en ratonearle méritos y en hacer pequeños juegos de palabras con su tremenda defunción.

Quiero concluir contando dos lecciones que don Mariano me obsequió con su habitual desprendimiento. Una atañe a nuestra literatura y la sigo creyendo esencial para entenderla. La otra, se refiere a materia absolutamente distinta, pero me fué dictada con el mismo afecto, con la misma experiencia de las cosas y me resulta, en consecuencia, tan valiosa como la primera. Hablaba don Mariano en su último curso oficial de literatura chilena en 1949 de *La Araucana* de Ercilla. Se trataba de discriminar en ella los valores que

permitieran considerarla como punto de partida de nuestra literatura nacional. Con este pretexto, hizo don Mariano un curso de antropología chilena en que analizó con profundidad y amor nuestras formas peculiares de existencia. Le pregunté una vez qué tenía que ver esta visión de la vida de un pueblo con su literatura y me respondió, entonces, diciendo: nuestra literatura no ha salido todavía del seno de lo colectivo. Sus valores están estrechamente atados a la vida entendida como labor total y no es posible estimarla sólo desde una perspectiva estética. Fué una lección que creo capital para aproximarse a lo nuestro con alguna probabilidad de comprenderlo.

La segunda lección a que he aludido ocurrió en un almuerzo ofrecido al maestro. Afloraba el verano y el ají se había hecho presente como agregado imprescindible de una minuta que quería honrar la esencial chilenidad del invitado. Ante mi gesto de abrirlo y sacarle las pepas, don Mariano expresó: el ají se come entero; en las pepas está el sabor. No se me ha borrado esta lección de gastronomía nacional. Acaso porque la siento próxima a la otra, trascendente, sobre nuestra vida literaria. En don Mariano, la vida se dió como un todo y la vivió totalmente. Su dimensión humana quise hacer patente en este homenaje a su memoria. No pude eludir la espiritual, porque él alcanzó plenitud definitiva en su existencia.